

# RAIZ Y FRUTO AL VIENTO DE UN ESCRITOR QUE SE FUE

**¿S** ABEN ustedes qué es un invernial? Si no son de los pueblos montaraces y agrestes de Cantabria —pueblos chicos, remotos, escondidos en un angosto valle o encaramados en un risco de las cuencas altas del Saja, del Nansa, del Besaya—, es muy probable que no sepan qué es un invernial, aunque viene en el diccionario.

Un invernial es una morada solitaria entre montes, a veces en la cumbre o a mitad de la cumbre de un monte, donde invernan las vacas, mis vacas tudancas, cuernicortas, color castaño más o menos oscuro, a veces agrisado; las paalegas, mucho más rubias y de cuernos más largos y afilados que, mirados de frente, semejan una lira.

El invernial lo forman un buen establo y encima un buen pajar, nombre que habría que recusar, porque, por lo menos ahora —y ahora es hace siglos—, en las tierras aquellas no se cultiva el trigo, la cebada, el centeno, sino el maíz, algo de alfalfa para añadir a la pradera de olorosa yerba espontánea que, segada y oreada en agosto, es la que se almacena, para el invierno, en los pajares.

Los inverniales, nobles castillos de la grey bovina, están rodeados de uno o de varios prados más o menos pindios —así se dice allí de las tierras en cuesta—, y dentro y fuera de estos prados se talan y renacen, eternamente resurrectos, altísimos cajigos, rudos de tronco y de hoja; esbeltísimas hayas, de fuste liso y plateado; castaños de opulenta copa, pequeños avellanos silvestres, acebos de relucientes y agresivas hojas; ondrinos que dan un fruto esférico y menudo, de un azul casi negro y de un sabor muy agrio; frondas ricas y varias en las que se aguarece el cuco, ese incógnito pájaro europeo —no sé de nadie que lo haya visto nunca más que en los relojes— que, como el tero argentino del Martín Fierro, «en un lao pone los gritos y en otro pone los nuevos», dicen que en nido ajeno, y que, un buen atardecer de principios de marzo, aprovecha un rayo crepuscular de sol, casi siempre mojado de neblina, para martillar su canto de dos notas anunciando los primeros latidos de la primavera. Y a los pocos días guarda el gong hasta marzo siguiente. En su lugar aparecen, visibles, movedizos, en profusión mucho mayor y con mucho más rica armonía melódica, el tordo, el mirlo y el malvis, tres pájaros cercanamente emparentados y parejamente canoros que se distinguen sólo en el plumaje: negro el del tordo, más o menos plumizo el del mirlo, pedrés el del malvis. Qué dulce y matizada la sonatina de su canto y qué pena que los cazadores perdigoneros conviertan —como decía Stendhal— estas preciosas avecillas vivas y vivacísimas en un poquitín de carne muerta.

Bueno, pues en una excursión veraniega a uno de aquellos inverniales, emprendida a bordo de unos carros pesados y chirriantes, arrastrados por bueyes, conocí yo a Ramón de la Serna, del que se va a tratar aquí. Tenía yo dieciocho años; veintitrés, él.

El invernial aquel se llamaba «Lusnada» y estaba a unos pocos kilómetros del pueblo, de mi pueblo, en un tramo todavía accesible por un camino forestal, poco más que una ruda cambera surcada de profundas rodadas, del muy famoso y nunca bastante

ponderado Monte del Río de los Vados. Un monte éste que no es lo que el diccionario dice que es un monte: «una gran elevación de terreno», sino un dilatadísimo oleaje de grandes y más chicas elevaciones y hondonadas de terreno, ornamentadas de bosques bucólicos o abruptos, apacibles a trechos, a trechos tenebrosos, transidos de calladas resonancias osilénicas, con escondidas enseñadas donde el tiempo

anquilas cuando, engeguicadas por las turbias riadas de septiembre, se dejan arrastrar hasta unas transitorias presas convergentes en unos artefactos tralcloneros que allí llaman cañales; y vanillas, de avellano también, con las que se entretelen grandes cestos cuadrados, de dos asas —garrotes es su nombre, garrotero el artesano que los hace— en los que se cosechan las panojas; y palos para

peligro; y el jabali feróstico e hirsuto, que por las noches otoñales bajaba de sus bardas a las mieses del pueblo y devastaba los maizales; y el oso tontorrón, de cuyas depredaciones gastronómicas sólo sé —o así nos lo contaban— que se comía la miel que las abejas no encolmenadas en el pueblo elaboraban a su aire en las cavernas de «el árbol viejo herido por el rayo» o por la carcoma de la senetud.

El invernial aquel se llamaba «Lusnada» y era de una mujer famosa en la comarca por sus inusitadas dotes, personales, literarias, musicales (a la vez que escribía y publicaba artículos y algún libro y tocaba muy bien una sonata de Beethoven y bailaba sevillanas más bien mal, fue la primera que revivió los viejos cantos y bailes montañeses, hasta llevarlos a un certamen folklórico convocado en Londres). Pasados unos años, la nombrada comarcal de esta mujer se extendió «a nivel» peninsular como diputado socialista de las últimas legislaturas republicanas, a consecuencia de lo cual acabó sus días en el destierro mejicano.

Matilde de la Torre se llamaba, y era uno de los sobresalientes ejemplares de una nada corriente familia cántabra que podría dar materia, si ese modo de novelar continuara vigente, a una de aquellas «sagas» de las que tan celebrados títulos produjo la novelística europea de finales del siglo pasado y de la primera mitad del presente —los Karamazov, los Rougon-Macquart, los Buddenbrook, los Spengbroque, los Forsyte...—. Como algo me toca de esta estirpe, me inhibo de resumir aquí su historia, pero como también le toca algo a Ramón de la Serna y lo que le toca puede tener y debe de tener alguna genética relación con la aventura de su vida y su obra y con su relativa frustración, voy a recoger aquí un mínimo retazo y algunos pormenores de lo que de tal familia cuenta un cronista imparcial, Rafael González Echegaray, en su libro *Capitanes de Cantabria*, editado en 1970 por la Diputación de Santander. Un mínimo retazo de lo que de tal familia cuenta es esto:

... Este entronque de dos familias montañesas que derrumbaba así el paredón insigne del paraíso de Bárcena Mayor había de fructificar en un singularísimo clan familiar —los Gutiérrez Cueto—, que constituyó muestra notable y Cartera de las más estupendas, chocantes, contradictorias y admirables virtudes y rarezas de la raza cántabra.

... Las vidas y milagros de los hermanos Gutiérrez Cueto son otras tantas novelas famosas de aventuras, de amor y de viajes; y, por supuesto, de costumbres en aquel incomparable Santander decimonónico.

... Fueron nueve hermanos, de ellos siete varones, los retoños cabuérnigos de aquel matrimonio que vinieron al mundo con dinamita en la sangre y chispa de luz en sus ojos azules, adornados de una elegancia espiritual peculiar y nada común —cada uno la suya diferente— y todos ellos con dotes extraordinarias para la pluma, el arte y la aventura...

Y González Echegaray sintetiza a continuación la etopeya, con sus rumbos de epopeya, de algunos de los Gutiérrez Cueto, dos de ellos capitanes de la marina mercante.

## Consuelo Bergés

se para en un nirvánico silencio, trémulo de llamadas misteriosas.

De aquel inmenso Monte del Río de los Vados se está sacando, desde remotos tiempos, madera de roble para traviesas de vías férreas, para «lanzas de carro o yugos de carreta», para jambas de ruedas. Y madera de haya y de castaño para muebles, tallados y otros diversos usos; y varas de avellano para los adrales de los carros y para los zarzos donde quedan varadas las

las azadas, los azadones, las azuelas, las tontes, las «jachas» y los «jachos» —El que no diga jacha, jucha, jigo y jiguera no es de mi tierra—.

A este mi fabuloso Monte del Río de los Vados, además de los foráneos contratistas de madera, iban los señoritos de Santander a cazar el apacible corzo, que se conformaba con pacer los pastos, siempre verdes allí, y alerlar la cabeza, de modesta cuerna, cuando, medroso e indefenso, venteaba el



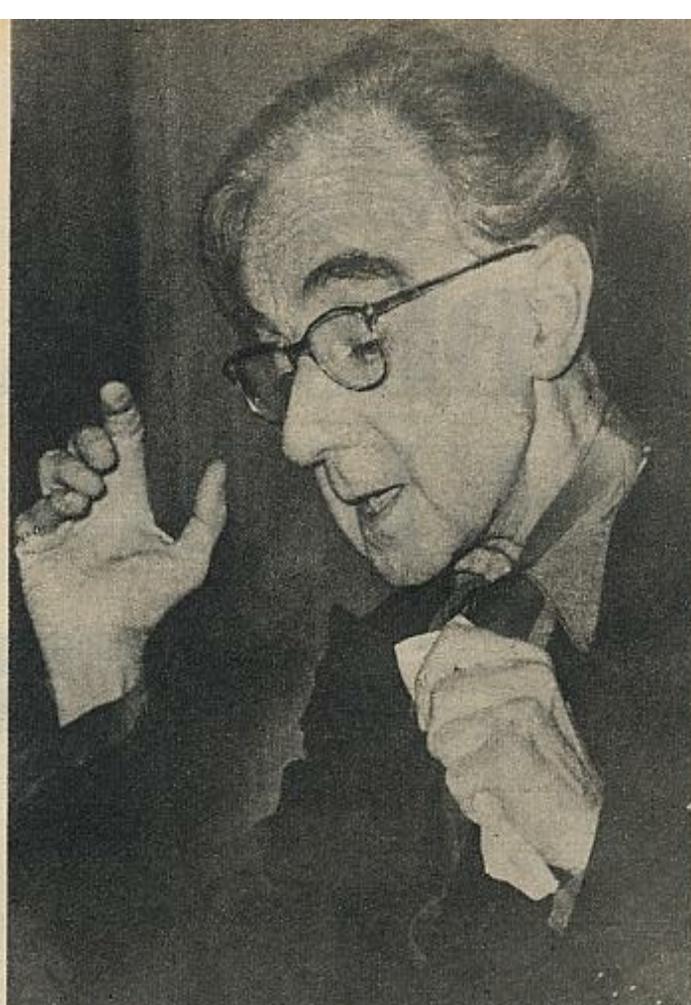
El capitán don Fernando Gutiérrez Cueto, en un óleo del pintor César Abín.

El mayor de estos dos, Sixto, transportaba coolies en su barco, junto con otras mercancías no humanas como ésta, desde las costas del Extremo Oriente a las americanas del Pacífico. En una de sus travesías, esmaltadas de hazañas más o menos plausibles —probablemente más bien menos que más—, ancló definitivamente en el Perú, casó con mujer peruana, sembró hijos en otras y renovó, con sus más y sus menos, las proezas colonizadoras de los pioneros españoles de la colonización. En la antigua factoría de Ilay fundó, con el nombre de Molledo —así se llamaba y se sigue llamando el solar de los Cueto, en el valle de Igüña—, una pequeña población porteña cuyo nombre bautismal derivó en Molledo. En este puerto elemental y nada «pacífico», azotado de cuando en cuando por los terribles maremotos, y que es el segundo del Perú, aunque muy a la zaga del magnífico Callao, había que desembarcar para subir por una vía férrea de numerosas y cerradísimas revueltas —los terremotos impedían el atajo de los túneles— hasta Arequipa, capital del departamento, a su vez muy distanciada segundona de Lima y que, en línea resta, está muy cerca de Molledo, pero a 2.700 metros de altitud, una vez traspasada la Pampa de Cachendo, sobre cuya parda llanada sorprende el precioso gris perla de una extensión de dunas en forma de media luna, formadas de finísima arena y como colocadas adrede. En aquel puerto de Molledo, el año 27, sentada yo en una silla de hierro, me trasladó una grúa al rudimentario mueble desde la cubierta del «Cabo Palos», cuyos viejos huesos quedaron enterrados durante la guerra civil en no sé qué cementerio marino. (Me gustaría preguntar a Mario Vargas Llosa, que es de Arequipa, que no había nacido cuando yo estuve allí y que hoy navega conmigo en una edición de *Madame Bovary*, si todavía se desembarca así a la gente en Molledo.)

El otro «capitán de Cantabria» perteneciente a la promoción genealógica de los Gutiérrez Cueto, Fernando, titula con su nombre el capítulo más largo de los dedicados a un solo piloto en el libro de González Echegaray. No es para menos.

Fernando Gutiérrez Cueto, después de mandar otros barcos, que enumera y describe el autor de esta historia de marinos montañeses y de colaborar como tal en el estudio oceanográfico de la costa cantábrica con don Augusto González de Linares, olvidado iniciador de las ciencias biológicas de esta rama en nuestro país y colaborador a su vez de don Francisco Giner de los Rios en la Institución Libre, estrangulada empresa de europeizar a España (1), acabó su carrera cuando la isla de Cuba cambió de amo: cuando fue «liberada» por los yanquis. Mandando el «Purísima Concepción», un barco ágil y rápido salido de astilleros británicos, el capitán Cueto, con mucho arte de navegar, mucho riesgo e ingeniosos ardides de pirata bueno —enarbolar bandera inglesa, apagar las luces de su barco, ovillar regateos inauditos, improvisar sigilosas escapadas—, burió muchas veces, para abastecer a las miserables tropas españolas, el bloqueo de la marina norteamericana. Hasta que, en el puerto cubano de Manzanillo, varios cruceros y varios cañoneros del almirante Sampson, dignos antecesores de los «B-52» «liberadores» del Vietnam, incendiaron y hundieron el «Purísima Concepción», junto con otros dos desamparados mercantes españoles.

(1) El busto de don Augusto Linares que miraba al Cantábrico por encima de la primera playa de El Sardinero fue retirado de aquel sitio donde yo lo vi siempre. Y la explanada que presidía fue rebautizada con el nombre de plaza de Italia cuando hasta allí llegaron las tropas italianas.



Ramón de la Serna, leyendo en Santiago de Chile su obra «La noche inclinada».

El capitán Cueto salvó la vida y el honor. Salvó el honor no a la manera tradicionalmente preceptiva de dejarse ir a pique con su barco. Salvó el honor de modo más humano y eficaz. «De su propio bolsillo pagó a la tripulación del «Purísima» todos sus salarios durante el tiempo que duró su estúpida aventura corsaria, así como los viveres que llevó para las fuerzas españolas que luchaban en Cuba». Así lo cuenta González Echegaray. Y así vengo yo a enterarme bien, al cabo de los años mil, de una historia que, sin precisar detalles, o sin que yo lo recuerde, o muchas veces en mi niñez y en mi adolescencia. Pasado medio siglo, todavía estoy viendo y oyendo al y entonces viejo tío Fernando —murió el año 39, a los ochenta y seis—. Todavía estoy viendo su fuerte textura física, sus ojos claros empañados por las cataratas y dando escólit a una voluminosa nariz, el anáodo de su andar de marino. Todavía estoy oyendo su ingeniosísimo contar y comentar, el latigazo de su numen versificador, que manejaba la sátira con tanto garbo como antes dirigiera los rumbos de sus barcos. Todavía le estoy oyendo protestar de que ninguno de los muchos gobiernos que sucedieron al que entregó «la perla de las Antillas» atendera a la reclamación de los dineros que le debía el Estado. Pero hasta ahora, cuando lo explica González Echegaray, no había entendido yo por qué el Estado le debía dineros, aunque siempre sonara en aquellas protestas el nombre legendario del «Purísima Concepción».

Sólo voy a decir algo de uno más de los Gutiérrez Cueto. Este no fue capitán de barco, aunque tuvo que ver con los barcos como secretario de la Junta de Obras del Puerto de Santander. Pero capitán sí que lo fue. Capitán destacado de una noble empresa periodística. Siguiendo la tradición del padre de esta hornada, don Casto Gu-

terez, fundador de *La Abeja Montañesa*, un diario en el que colaboraron famosos escritores de la época, Enrique Gutiérrez Cueto fundó y dirigió *El Atlántico*, otro diario, tan pequeño de tamaño como grande de título y ambicioso de calidad. En diez años de vida (no se le permitió más larga su liberalismo, que entonces era aquí tan pecado como lo es hoy ser marxista), dejó fama de ser uno de los mejores diarios de provincias —la familia, sin duda exagerando, decía que el mejor—.

Y Enrique Gutiérrez Cueto, además de capitán de *El Atlántico*, en cuyo difícil pilotaje entre los arrecifes clericales le acompañaron tres de sus hermanos, fue padre de María Gutiérrez Blanchard, que empezó a pintar en Santander —también pintaba don Enrique, pero mal—, se vino a Madrid, con la correspondiente beca municipal o provincial, para seguir las clases de pintura de Emilio Salas y de Anglada Camarasa; ganó una segunda medalla de la Nacional; compartió con el mejicano Diego Rivera un disparatado taller donde, además de pintar, se hacían Dios sabe qué comidas en un infierno que plantaban en mitad del suelo; hizo oposiciones para profesor de dibujo, creo que en Escuelas de Artes y Oficios; le asignaron plaza en Salamanca y, aterrado ante tal perspectiva, sin otro viático que su enorme vocación y sin reparar en el obstáculo de su terrible deformación física, se fue a París, tiró al Sena el Gutiérrez, cuya feroz fonética celtibera resultaba imposible para franceses, y con el nombre de María Blanchard ha quedado en la historia de la pintura contemporánea.

en el Ateneo de Madrid, como presidente de Unión Republicana Femenina, un homenaje póstumo a la pintora española que había ganado prestigio y fama fuera de su patria sin que en su patria se enteraran apenas otros escritores que Eugenio d'Ors, Ramón Gómez de la Serna, Gerardo Diego... En aquella velada, abierta por la sonora oratoria de Clara Campoamor, intervino como oficiante profesional de la crítica de arte el buen escritor y buena persona Manuel Abril. En aquella velada leí yo unas cuartillas que para el caso escribí y me encomendó Ramón Gómez de la Serna. Y en aquella velada leyó Federico García Lorca una de sus prosas más bellas, incluida hoy en el volumen 219 del Libro de Bolsillo de Alianza Editorial. En estas páginas, preciosas no sólo para mí —lo he comprobado—, Federico dibuja, de oídas y de una breve pincelada muy lorquiana, la silueta profunda de Enrique Gutiérrez Cueto: «María Blanchard viene de una familia fantástica (...). El padre, un caballero montañés, montaba a caballo y casi siempre volvía sin él, porque el caballo se había dormido y le daba lástima despertarlo (...). Organizaba (en mi Monte del Río de los Vados) grandes cacerías sin escopetas y se le borraba con frecuencia el nombre de su mujer...».

Pero volvamos a buscar en el in-

vernal de «Lusnada» a Ramón de la Serna, Cueto de tercer apellido.

Aquella excursión al Monte del Río de los Vados la organizó Matilde de la Torre para celebrar la inesperada aparición de otro retoño familiar procedente de Méjico, adonde su padre, Javier Gutiérrez Cueto —que también pintaba—, había emigrado en temprana edad, donde casó con una hija de no sé qué presidente de la República y de donde nunca más volvió. El festejado pariente ultramarino, veinteañero, guapo, sensible hasta brotarle lágrimas ante el bellissimo paisaje de la tierra paterna, se llamaba Germán y adoptó de apellido el Cueto. El año 31, de paso yo en París recalando de América, volví a encontrármelo junto a María Blanchard, casado y con dos niñas. Guiado por el famoso escultor Lipchitz, hacía escultura cubista y militaba, al menos con su simpatía, entre los amigos de la revolución soviética, que entonces eran casi todos los artistas, franceses y extranjeros, de las últimas promociones de la llamada Escuela de París.

Y en aquella excursión, integrada por casi toda la parentela joven que se encontraba a mano —creo que quien más años tenía, y estaba en la treintena, era la anfitriona, Matilde de la Torre—, figuraba Ramón de la Serna. Debía de hacer muy poco que había vuelto de una de sus escalas americanas, que no era la primera de su temprano caminar por el mundo: la primera travesía la hizo en el vientre de su madre, Concha Espina, que le llevó a nacer en Valparaíso el año 1894 y que, de muy pequeño, lo trajo a la Montaña. Y a los doce años estaba en Londres estudiando inglés, que llegó a dominar como más tarde el francés y, sobre todo, el alemán (un caso que no sé si desmiente o si confirma —yo me inclino a creer que es más bien la excepción confirmativa— la regla proclamada por Ortega y Gasset: que la facilidad para expresarse suelto y bien en idiomas ajenos —cito de memoria— está en razón directa de la tendencia a la frase hecha, está en razón inversa de la capacidad para calar hasta el hueso en el idioma propio).

Adolescente aún, con lo aprendido y con los correspondientes versos propios en las maletas, se fue a Méjico, donde su padre le «colocó» en un Banco. Por poco tiempo, claro. De Méjico a Cuba. Y enriquecido el equipaje con más mundos, más gentes y más letras, pero «sin canal de oficio



# NOVEDADES PLANETA

## DIA DEL LIBRO 1975



**GARCIA LORCA, ASESINADO:  
TODA LA VERDAD**  
PREMIO ESPEJO DE ESPAÑA  
José Luis Vila-San-Juan.

**REPUBLICANOS ESPAÑOLES  
EN LA 2.ª GUERRA MUNDIAL**  
FINALISTA PREMIO ESPEJO DE ESPAÑA  
Eduardo Pons Prades.

**LA GUERRA CIVIL VISTA POR LOS EXILIADOS**  
Carlos Rojas.

**MI TESTAMENTO HISTORICO-POLITICO**  
Claudio Sánchez Albornoz.



colección textos

**COMO FUE MIGUEL HERNANDEZ**  
Manuel Muñoz Hidalgo.

**CATALUÑA DE TAMAÑO NATURAL**  
Victor Alba.

**LAS LEYES**  
Manuel Fraga Iribarne.

### AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

**CARNE APALEADA**  
Inés Palou.

**EL BUEN CAMINO**  
Marta Portal.

**EL VIAJE**  
Carmen Kurtz.

**ETERNA MEMORIA**  
PREMIO VILLA DE MADRID  
Ramón Hernández.

**EL PRECURSOR**  
FINALISTA PREMIO ATENEO DE SEVILLA 1974  
José M.ª Vaz de Soto.

**ANIMALES NOCTURNOS**  
Eduardo Rojas.

**CLASE UNICA**  
Santiago Lorén.



**REFLEXIONES SOBRE ESPAÑA**  
José Antonio Girón.

## RAIZ Y FRUTO AL VIENTO DE UN ESCRITOR QUE SE FUE

o profesión» (2), vino a Madrid, dispuesto, me figuro, a buscar ese canal de oficio o profesión en los estudios académicos.

Y en ello estaba cuando yo le conocí en aquella excursión al monte fabuloso de mi pueblo, Ramón —Ramoncito le llamaban— representaba entonces, y creo que siempre, menos años aún de los pocos que tenía. Pequeño de estatura, guapo, casi femenilmente guapo, perfectos el óvalo y los rasgos del rostro, magníficos los ojos entoldados de larguissimas pestañas, no se le notaba, ni en la pinta, ni en la palabra, ni en el gesto, la carga de talento y de talentos, de avidez de saber y de saberes múltiples —le interesaba todo— que ya llevaba dentro. Se le podía tomar por cualquier muchacho de su edad razonablemente fino y cultivado. Alegre, juguetón. Recuerdo que se sacó del bolsillo una pistola chiquita y reluciente y se puso a lucir su puntería tomando como difícil blanco el tronco, muy delgado, de un haya muy joven.

Dije que andaba por entonces buscando en la Universidad el obligado «canal de oficio o profesión». Lo siguió, pero no hasta el final: en no sé qué curso de Filosofía y Letras le suspendieron... ¡en literatura!

Lo dejó y otra vez al camino. Ahora París, los países bálticos, embebiéndose de culturas lejanas, y no sólo de culturas, sino de vidas, de personas, de paisajes humanos diferentes, que recogió y plasmó con mucha sensibilidad y muy buen arte en algunos de sus relatos.

Y parada en Berlín. Una parada larga, de cuatro o cinco años. Lectora yo, desde su nacimiento hasta su muerte, del gran diario *El Sol*, que me siguió de Santander a Arequipa, de Arequipa a Buenos Aires, de Buenos Aires a Madrid, recuerdo en sus columnas una serie de breves crónicas que, con el epígrafe genérico de «Cartas de Alemania» y con la firma de Ramón de Luzmela, escribía Ramón de la Serna. Junto con otras posteriores enviadas a *La Libertad*, las tengo ahora a la vista, salvadas y guardadas por Eva Carguer, una rumana muy inteligente con la que Ramón se casó en la capital germana y que fue la única fortuna duradera que la vida le dio. Gracias a ella no se frustró del todo su valía, no se dejó vencer del todo por su neurosis, efecto y causa, causa y efecto de sus varios y pertinaces males físicos. Gracias a la fe tenacísima de su mujer, vivió Ramón, maltrecho, hasta los setenta y cuatro años. Gracias a ella siguió escribiendo y publicando, sólo dos libros propios, pero muchos artículos, aparte las aludidas crónicas de corresponsalía, que no eran su fuerte, pues Ramón de la Serna, escritor de periódicos a la manera en que lo fueron varios grandes de nuestras letras, no era el buen periodista —como lo fue su hermano Víctor— que capta y glosa la actualidad al filo del momento ahondando en ella justamente lo justo, ni demasiado ni demasiado poco, sin quedarse corto y sin pasarse, en grado y tono que resulten estimables por el lector dilecto y por el lector simplemente discreto.

Como tampoco esto de la corresponsalía periodística resultó ser «lo suyo», Ramón de la Serna, con sus treinta años trashumantes y un raro dominio del idioma alemán, se volvió a Madrid y se arrojó a este «canal de oficio o profesión» que nos recoge y nos arrastra a los pobres escritores, po-

bres españoles que no sabemos o no podemos o no queremos administrar la pluma enteramente propia para vivir de ella de alguna de las varias maneras, no todas honestas, que de ella se puede vivir. Ramón de la Serna, a partir del año veinticinco, se metió a traductor. A traductor magnífico, a excelente traductor-escritor de obras alemanas de filología, de filosofía, de historia. Para varias editoriales, a la cabeza de las cuales estaba, por orden de prestigio, «Revista de Occidente».

Es entonces cuando Ortega, en una carta cuya fotocopia di yo en un número extraordinario de *Cuadernos para el Diálogo*, le acusa recibo de «su maravillosa traducción de Vossler». Es entonces —un entonces que abarca varios años— cuando este insigne filólogo e hispanista alemán le llama «maestro de la traducción española» en un ejemplar del *Oráculo Manual de Gracián* traducido por Schopenhauer y prolongado, en aquella edición, por el propio Vossler: «Fue D. Ramón de la Serna, don Meister der spanischen Übersetzung, ein deutsches Meisters werk». Que en español viene a decir: «Para don Ramón de la Serna, el maestro de la traducción española, una obra maestra alemana».

A través de la difícil, absorbente y hermosa tarea de traducir, no dejaba Ramón de abrir algún resquicio para hacer obra literaria enteramente propia —una obra poco extensa, pero de calidad, me decía no hace mucho Francisco Ayala—. Además de algunos trabajos dispersos en diarios y revistas, en esta etapa madrileña (1925-1936) llegó a escribir y publicar dos libros. El primero, *Antonio Ruiz*, es un volumen pequeño y precioso escrito sobre un tema pequeño y miserable: la historia de un chaval valleciano que, de maletilla fracasado, llega en muy poco tiempo a campeón de Europa en no sé qué categoría de boxeo. No se puede tejer mejor literatura —sin pizca de «literatura» en lo que de peyorativo se ha venido adhiriendo a esta palabra— con tan poco y tan endeables mimbres.

Después, Ramón de la Serna escribe una extraña novela que habría podido ser la novela policiaca posteriormente ennoblecida por autores de alto rango literario. Se titula *Chao*, y la editó Araluce en 1933. La he releído ahora en el único ejemplar que se encuentra, salvado también por Eva Carguer. Según ella me dice, Ramón tuvo el propósito de rehacer esta única novela suya, para mí, y por lo visto para él, no bien lograda. Pero no llevó a cabo tal intención refundidora. ¿Por falta de tiempo o porque, según también me cuenta Eva, Ramón decía que escribir novela le daba así como vergüenza?

Después vino la tragedia, el rojo y negro de la guerra civil. En su piso madrileño de General Arrando, Ramón y Eva la vivieron, la sufrieron, la sintieron con pasión, con esperanza, con desesperanza. Y cuando terminó la contienda declarada y siguió lo que siguió, Ramón de la Serna, sin acogerse a las ventajas que pudiera ofrecerle pertenecer a una familia muy destacada que volvía a Madrid en las primeras filas de los triunfadores, recordó que había nacido en Chile, habló en él «la fuerza de la sangre» de los Cueto —creo que también el horror de la sangre derramada y derramándose—, y con cuarenta y dos kilos de huesos y de piel y dos pasajes de tercera, emprendió con su mujer, camino de la entonces libre y alegre república chilena, la última singladura de su vida.

Primero en Cartagena, en Santiago después, reanuda, ahora para Losada, para Sur, para otras editoriales argen-

tinas y para la Universidad santiaguena, el oficio de traducir, arte grande en sus manos (sobre cuya teoría dice en aquella Universidad un curso que yo lamento mucho no tenerlo escrito). Y cuando se lo permite su salud, irrediblemente mala, y algún extra añadido a los parcos ingresos, cultivo durante dos de sus años berlineses al lado del famoso director Max Reinhardt. (Bien se ve en las sapientas, minuciosas anotaciones de sus obras hasta qué punto valoraba, sentía y conocía Ramón de la Serna la técnica y el arte de la mise en scène, en ocasiones hasta la coreografía.)

Dadas, cuando se daban, las condiciones mínimas en la salud y en la economía, a Ramón, para escribir teatro, tenía que moverle además el incentivo creacional de un personaje o de un hecho vivido en la vida o revivido en la historia. Pues este su teatro, tan pensado y medido, tan floreciente de imaginación, parte siempre de eso, de un hecho real, de una situación o un personaje histórico, de un episodio humano, punto de arranque para exponer su denso pensamiento equilibrado por su vuelo poético, en un claro, excelente lenguaje, cumpliendo así la condición que, hace muy poco tiempo, en una entrevista radiofónica, asignaba Torrente Ballester al teatro como elementos esenciales: la palabra y la imaginación. Así es, así fue siempre el teatro que ha permanecido, el teatro que se ha leído y se sigue leyendo —más que representando— desde los griegos hasta Bertolt Brecht o Valle-Inclán o Lorca, pasando por Shakespeare, Lope de Vega o Calderón, Schiller o Chejov. Lo demás es puro espectáculo, puro gran espectáculo cuando es grande, divertimientos «audiovisuales», de muy buen arte a veces: cosas que, si no han de pasar en persona, y si sólo en noticia, a las bibliotecas del futuro —suponiendo que en el futuro siga habiendo bibliotecas—, si quedarán en la historia del teatro (que, por otra parte, acaso deba ser precisamente esto, obra perecedera, cosa de ver y oír, no de leer).

Movido, pues, por un hecho real, por una situación o un personaje humano, y en relación con una circunstancia personal presente, escribió Ramón de la Serna las tres principales obras teatrales que, al morir en Santiago de Chile en 1969, dejó inestrenadas e inéditas.

Un día le punza más que de costumbre ese «españolismo» del que, dentro de casa, nos aparta la patriotería repulsiva por estúpida cuando nos lo mandan ciertos ruborizantes catecismos políticos, pero que se nos encrespa cuando, viviendo en nuestra América, nos araña el anacrónico rencor, prescrito por otros catecismos no menos tontamente machacones, contra la colonización española (mucho menos exclusivamente explotadora, nunca racial, forjadora de países y de «libertadores» de esos mismos países como ninguna otra de las colonizaciones perpetradas, entonces y más tarde y ahora mismo, por ingleses, franceses, belgas y yanquis). Un día, digo, a Ramón de la Serna le escuece más que de costumbre su condición española agredida y acrecida en la distancia, y frente al gran mito edificante de «El Libertador» por antonomasia, nuestro cántabro nacido y renacido en Chile levanta la figura de un español de leyenda, contrabandista y guerrillero pura sangre que hizo frente a Bolívar. Y escribe *Boves*, su obra de grandilocuente envergadura épica.

Otro día —no sé, pues la ignoro, la cronología creativa— lee en una revista gráfica de Chile una gacetilla, acompañada de una foto de la protagonista al lado Hitler —probablemen-

te la misma que aquí damos—, donde se cuenta que una actriz rusa residente en Berlín desde la revolución y muy destacada en fiestas de la corte hitleriana fue sacada en triunfo de un refugio por las tropas avanzadas soviéticas que entraron triunfadoras en Berlín. La conocida actriz tan agasajada por el Führer había sido, junto a éste, una espía de su país nativo. Ramón y Eva recuerdan entonces que durante sus años berlineses la habían visto trabajar en el teatro. (Dato curioso: esta actriz rusa llevaba, y lleva en la edición alemana de *Quién es quién*, al mismo nombre, personal, paterno y conyugal, que otra famosa actriz, rusa también, de la que debe de ser sobrina consanguínea y sobrina política: Olga Knipper Chéjova, esposa del gran Chejov.) Incitado por esta nota periodística del final de la guerra y por aquel recuerdo berlinés, Ramón de la Serna imagina y escribe una obra de teatro titulada *Olga Chéjova*. Pues, en efecto, la *Olga Chéjova* de Ramón de la Serna es pura creación, opulenta floración imaginada de un realísimo germen cuyo nombre es Olga Knipper Chéjova, que no sólo existió y desempeñó papeles importantes en numerosas obras de teatro y de cine, y fue amiga de Hitler, brindando junto a él en sus fiestas —¡qué incongruente esta palabra al lado de este hombre!—, que no sólo existió, sino que existe aún, o al menos existía hace muy poco tiempo, dirigiendo en Munich algo así como un instituto de belleza. Y Emilio Carrer (su nombre de actor), cuñado de Ramón de la Serna y que trabajó con ella más de una vez en escenarios, conoce un libro de memoria —dificilísimo de hallar— en el que Olga Knipper Chéjova cuenta su vida a su manera y niega —ella sabrá por qué, y es fácil deducirlo— los hechos «eseñados en la gacetilla de *Samedi Sol* que aquí se reproduce junto a la testifical fotografía.

Pasan los años. Por la superpoblada mente de nuestro escritor desterrado sigue desfilando una épica legión de fantasmas que le reclaman la corporización teatral. De vez en cuando, al mandato de una «voz», exterior o interior, uno de esos fantasmas rompe filas hacia la máquina de escribir de Ramón. Quizá fue la enorme voz poética de Pablo Neruda la que, un día del sesenta y tantos, le hizo sacar a escena, o al papel, a los hermanos Carrera en *La noche inclinada*. Neruda había puesto en poema la gesta de José Miguel Carrera, uno de los dos hijos del español don Ignacio de la Carrera que fueron fusilados por el gobierno de O'Higgins, y alguien puso el poema, reducido, en canción, y la canción se hizo muy popular. (Aunque la cosa caiga al margen de la vida y la obra de Ramón de la Serna, no me resisto a señalar una «anécdota» increíble pero documentada en fotocopia aquí reproducida. Ejecutados los hermanos Carrera, un oficio extendido «en debida forma» y refrendado al margen por el visto bueno del primer Presidente de Chile, reclama a don Ignacio de la Carrera, padre de los fusilados, «el pago de la cuenta del proceso y ejecución».)

Y termino diciendo que quizá lo único que Ramón de la Serna hizo bien en su vida para su propia conveniencia fue morirse a tiempo, sin presenciar el bestial aplastamiento de una esperanza, el asesinato de quienes intentaron realizarla, a la cabeza de ellos el Presidente Allende, a quien Ramón votaba, y las últimas torturadas horas de Neruda, de quien Ramón fue amigo desde que, en los primeros ilusionados años treinta madrileños, el gran poeta andino fraternizó con sus grandes colegas españoles y se le metió «España en el corazón». ■ C. B.

(2) «...Usted, Consuelo, se ha desperdiciado a sí misma. Se ha dado tal vez sin canal de oficio o profesión...» (De una carta de Gabriela Mistral a la autora de estas líneas, desde Niza a París, fecha 16 de junio de 1939.)